

Título del original en inglés:
Re-Autoring Lives. Interviews & Essays
© 1995 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Verónica Tírotta

Primera edición: enero del 2002, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Paseo Bonanova, 9 1º-1ª
08022 Barcelona, España
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84-7432-847-0
Depósito legal: B. 2783-2002

Preimpresión: Editor Service, S.L.
Diagonal 299, entresol 1ª
Tel. 93 457 50 65
08013 Barcelona

Impreso por:
Carvigraf
Cot, 31, Ripollet

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

Índice

Introducción	9
--------------------	---

ENTREVISTAS

1. La perspectiva narrativa en la terapia	15
2. Los aspectos políticos de la terapia	47
3. Por fuera del conocimiento experto	65
4. Nombrar el abuso y liberarse de sus efectos	87
5. Experiencia psicótica y discurso	117
6. Una conversación sobre la responsabilidad	159

ENSAYOS

7. El trabajo con el equipo de reflexión como ceremonia de definición	175
8. Nuevas consideraciones sobre los documentos terapéuticos	201
9. El comportamiento y sus determinantes o la acción y su sentido: sistemas y metáforas narrativas	215

2

Los aspectos políticos de la terapia*

ENTREVISTA DE LESLEY ALLEN**

LESLEY: Para comenzar ¿podrías esbozar brevemente para los lectores tu trabajo más reciente sobre las diferencias entre *externalizar el problema* y *externalizar el discurso internalizado*?

MICHAEL: No estoy seguro de que aquí haya una distinción para hacer. Pero sí creo que la idea de externalizar discursos internalizados brinda una descripción más adecuada de lo que constituye este trabajo. Pienso que la cuestión principal en la conversación externalizadora es que introduce una manera diferente de hablar de aquello que es problemático y una manera diferente de pensar acerca de ello y, por supuesto, una manera diferente de actuar en relación con lo que es problemático. Estas maneras de hablar, pensar y actuar están en desacuerdo con las maneras de hablar, pensar y actuar que están asociadas a los discursos internalizado-

* Publicado previamente en 1993, en *Human Systems: The Journal of Systemic Consultation & Management*, número 4, págs. 19-32; y en *Context: A News Magazine of Family Therapy*. (Esta entrevista fue realizada en Londres, en noviembre de 1992.)

** Lesley Allen es terapeuta familiar, instructora y consultora independiente en Londres. Con anterioridad vivió y trabajó en Adelaida, donde se graduó del Curso de Formación en Terapia Familiar del Dulwich Centre.

res. Al promover estas conversaciones externalizadoras, estamos comprometidos en una actividad que no es enteramente pro-cultural. En alguna medida, esta actividad cuestiona la reproducción, que se da por sentada, de algunas maneras culturales de hablar sobre nuestras vidas y relaciones. Estas conversaciones externalizadoras tienen el efecto de desconstruir algunas de las «verdades» que las personas sostienen acerca de sus vidas y relaciones: aquellas verdades de las que las personas se sienten más prisioneras.

LESLEY: ¿Podrías ser un poco más específico acerca de estas maneras culturales de hablar, pensar y actuar, es decir aquellas que están asociadas con los discursos internalizadores?

MICHAEL: En la historia de la cultura mundial, creo que estos discursos internalizadores modernos han proporcionado una manera completamente novedosa de pensar y hablar sobre uno mismo y los otros. Es una manera de pensar y hablar que es específica a una época y a una cultura, que se ha desarrollado en los últimos tres siglos en la cultura occidental y que es central en la construcción del sujeto moderno.

LESLEY: ¿Cuáles son entonces las implicaciones de estos discursos internalizadores desde el punto de vista de cómo las personas viven sus vidas?

MICHAEL: Son muy significativas, puesto que constituyen, en su mayor parte, la vida tal como la conocemos. Quizá también debería decir que estos discursos internalizadores constituyen nuestra ceguera ante la vida en tanto producida y ante nuestra propia producción de la vida. Tienen el efecto de aislar a las personas entre sí y de los contextos mismos de sus vidas. Estos discursos nos han proporcionado una manera de hablar de y pensar la vida que borra el contexto, que separa la experiencia de los aspectos políticos de la relación con el entorno inmediato. El carácter de estos aspectos políticos queda en gran medida oscurecido, como también, dicho sea de paso, las prácticas mismas del yo y de las relaciones que están asociadas con estas maneras de hablar y pensar.

LESLEY: ¿Como por ejemplo...?

MICHAEL: Bueno, pienso que Michel Foucault brinda una muy interesante descripción del desarrollo de estas maneras de hablar y de estas prácticas. No estoy seguro de si conviene decir mucho sobre ello aquí, puesto que no creo poder hacerle justicia a su pensamiento en el breve espacio de esta entrevista y también porque en nuestra disciplina hay personas muy versadas que están totalmente escandalizadas por mis referencias a Foucault.

LESLEY: Pero aun así, di al menos algo. Te prometo no escandalizarme demasiado.

MICHAEL: De acuerdo, pero no te esfuerces demasiado. En realidad, esta escandalización me ha aliviado un poco, quizá porque desalienta a otros de suponer que soy un «foucaultiano», con independencia de lo que ello pueda significar. Jamás me identificaría de esta manera y, ciertamente, no aspiraría a ello.

LESLEY: Vale. Te prometo que no me esforzaré demasiado.

MICHAEL: Está bien, pero lo hago sobre la base de que quede claro que mi explicación será rápida e insatisfactoria, y que probablemente termine no resultando una aclaración muy foucaultiana de algunos aspectos del pensamiento de Foucault.

LESLEY: De acuerdo.

MICHAEL: Pienso que algunas de las palabras clave son *exclusión*, *objetivación*, *sujeción* y *totalización*. Las maneras de pensar y hablar acerca de uno mismo y los demás y las prácticas de relación con uno mismo y los demás —aquellas que están asociadas a los discursos internalizadores— tienen que ver, en gran medida, con la objetivación o la «cosificación» de las personas. En los últimos siglos, en nuestra cultura, esto se ha logrado en parte por la exclusión de las personas y grupos de personas al atribuirles una identidad deteriorada. Sin duda ha habido muchas grandes exclusiones en la historia de la cultura mundial, pero esta exclusión moderna fue una clase diferente de exclusión, no una exclusión basada en la ausencia de identidad o de pertenencia al grupo, sino una gran exclusión basada en la asignación de una identidad. Una marginación de las personas a través de la identidad.

LESLEY: ¿La gente considerada loca, los homosexuales, etcétera?

MICHAEL: Sí. Tomemos, por ejemplo, la división de las sexualidades. En algún momento de la historia, por primera vez, se consideró que la preferencia sexual de una persona expresaba la verdad de su identidad, el meollo de su ser. Esta adscripción de identidad a través de la preferencia proporcionó la base para una totalización de las personas y para una gran exclusión: una extraordinaria marginación.

LESLEY: Di algo más acerca de la objetivación.

MICHAEL: Los procesos de objetivación de las personas fueron ayudados y alentados por los desarrollos en la tecnología del poder sobre las personas y por medio del surgimiento de la clasificación científica del cuerpo y de la vida misma. Esto hizo posible la localización de lo que llamamos «problemas» en sitios específicos del cuerpo. Así, en un determinado momento de la historia, el cuerpo se convirtió en una clase de cosa muy particular, que no lo era, ni podía haberlo sido, en un momento anterior de la historia.

LESLEY: ¿Entonces, esto nos da una descripción de la historia de la psicopatología, de los trastornos y las disfunciones?

MICHAEL: Sí. En alguna medida nos ayuda a entender los procesos por los cuales estos fueron inventados y nos alienta a trazar la historia de los efectos reales, de los efectos constitutivos, de estas invenciones sobre la vida en tanto vivida. En alguna medida, esto también nos ayuda a entender el desarrollo de la tradición del pensamiento estructuralista, sin la cual las psicopatologías y los trastornos no podrían haberse inventado, y sin la cual incluso la «dinámica familiar» sería impensable. Pero Foucault dice mucho más que esto. Él brinda una descripción de cómo determinados procesos de poder hacen que las personas participen en el sometimiento de sus propias vidas, es decir en acciones o prácticas específicas que se vinculan con el gobierno o el control policial sobre sus propias vidas.

LESLEY: ¿Podrías dar un ejemplo?

MICHAEL: Creo que todos lo estamos haciendo. Pero hay extremos. Hace tiempo que considero la anorexia nerviosa la cima de los logros de este sistema de autogobierno, este sistema de poder moderno. Piensa tan sólo en las prácticas de autosometimiento para las que son entrenadas estas personas con anorexia nerviosa: la autovigilancia rigurosa y meticulosa, los diversos autocastigos al cuerpo por sus transgresiones, las autoevaluaciones y comparaciones perpetuas, los diversos sacrificios, el exilio personal, la precisa documentación sobre sí mismas, etcétera. Es significativo que quienes más han sufrido de anorexia nerviosa hayan sido las mujeres y creo que esto dice mucho acerca de cómo este sistema de poder moderno ha sido adoptado en el campo de la política de género.

LESLEY: Aquí, y en algunas partes de tus escritos parece estar interesado en la historia de estas ideas y prácticas. ¿Qué importancia tiene esto para tu trabajo?

MICHAEL: Sí, efectivamente tengo este interés y pienso que es de suma importancia. Sin duda las psicologías y psicoterapias tienen un rol significativo en la reproducción de la cultura dominante. Y, en gran medida, esto es perfectamente comprensible. Es imposible que arribemos a una perspectiva exterior a la cultura y, por lo tanto, fuera del lenguaje y de los modos de vida conocidos que nos permita criticar nuestra cultura. Este hecho nos condena, sin embargo, a reproducir ciegamente la cultura, sin ninguna esperanza de rechazar u objetar aquellos de sus aspectos que vivimos como problemáticos. No nos restringe al rol de cómplices de este sistema moderno de poder: podemos ayudar a las personas a desafiar determinadas prácticas de poder y a rechazar el tipo de prácticas del yo de las que hemos estado hablando. No tenemos que ser cómplices absolutos de la cultura dominante: de hecho, pienso que deberíamos asegurarnos de no serlo.

LESLEY: ¿Cuáles son nuestras opciones, entonces?

MICHAEL: Bueno, se trata de entender que no podemos ser neutrales en nuestras interacciones con aquellas personas que buscan nuestra ayuda. Es de suma importancia que entendamos, que captemos el carácter político y el modo en que se reproduce la interac-

ción con el entorno inmediato. Si creemos que es posible que los terapeutas seamos neutrales en este trabajo, nuestras interacciones con las personas que nos solicitan ayuda tenderán a ser más exacta, más perfectamente pro-culturales.

LESLEY: ¿Qué más?

* MICHAEL: Pienso que efectivamente podemos hacer transparentes muchas de las prácticas dadas por sentadas de la cultura de la psicoterapia que son reproductoras de aspectos problemáticos de la cultura dominante. En parte, podemos lograrlo a través de descripciones críticas de la historia de estas ideas y prácticas y de un análisis de los efectos reales de estas ideas y prácticas en las vidas de las personas. Podemos desconstruir estas ideas y prácticas colocándonos en posiciones alternativas de las culturas. Podemos adoptar puntos de vista, quizá en los márgenes de la cultura, desde donde podríamos analizar estas ideas y prácticas dominantes que se dan por sentadas. Podemos explorar modos de vida y de pensamiento alternativos que están asociados con estas posiciones alternativas de las culturas. Podemos pedir una realimentación crítica a personas de otras razas, culturas y clases. Podemos reconocer abiertamente los dilemas políticos con los que nos enfrentamos en nuestro trabajo. Y podemos expandir la cultura por medio de la expansión del lenguaje: podemos ampliar los límites de lo conocido a través del uso imaginativo de la metáfora, a través de la renovación de la metáfora. Cuando una metáfora ha sido incorporada al uso corriente hasta el punto de que se la toma literalmente, entonces muere y se convierte en un hecho. Las metáforas muertas no tienen potencial para generar algo, para desafiar los límites de lo conocido.

LESLEY: ¿Cómo se traducen en su trabajo estas consideraciones? ¿En qué cambiarían estas ideas las prácticas en el campo de la terapia?

MICHAEL: Tomemos un ejemplo relativamente inequívoco. Una apreciación de la historia del instrumento de poder moderno que llamamos «fichero» o «historia clínica» —el papel central que ha desempeñado en la facilitación del control social y el sometimiento— haría

muy difícil a los terapeutas en este campo continuar participando en lo que Rom Harré llamó «discurso de fichero». Esta consideración debería desalentarnos de la participación en la clase de prácticas que hacen posible que el fichero tenga vida independiente.

LESLEY: ¿Sí, pero qué pasa si es necesario tomar apuntes o si lo consideramos útil?

MICHAEL: En la toma de apuntes que pudieran ser útiles o necesarios —y, por supuesto, podemos cuestionar si son necesarios— nos podríamos limitar al registro visible de lo que el terapeuta considera comentarios especialmente significativos en su forma literal, y este registro se realiza durante la sesión de terapia. También podemos alentar a las personas que solicitan nuestra ayuda a tomar apuntes sobre lo que crean importante. Así, estos apuntes pueden juntarse después, se pueden comparar las perspectivas y los participantes en la interacción pueden decidir su suerte final. Si por alguna razón fuera deseable tomar notas fuera de las sesiones cara a cara, por ejemplo para redactar informes o cartas, estos documentos pueden ser enviados a todos los participantes de la interacción para que tengan la posibilidad de comentarlos. De este modo, todo documento registrará las respuestas de todos los participantes, sus correcciones sugeridas, etcétera.

LESLEY: Y supongo que hay muchas otras implicaciones de estas ideas en lo que se refiere al contexto de la terapia.

MICHAEL: Podemos proponernos estructurar el contexto de la terapia de manera que sea menos probable reproducir las formas culturales de organización dominantes, incluyendo aquellas que perpetúan las jerarquías de conocimiento y otras prácticas opresivas. Y creo que, sea lo que fuere una «buena» terapia, se preocupará por establecer estructuras que expongan los abusos de poder reales o potenciales en el ejercicio de esa misma buena terapia.

LESLEY: Se me ocurren otras consideraciones. Antes estábamos hablando de la anorexia nerviosa, y puedo entender cómo el identificar y desafiar las diversas prácticas de sometimiento les ayuda a las jóvenes a liberarse de ellas.

MICHAEL: Sí. No liberarlas para que se conviertan verdaderamente en quienes realmente son, sino, de hecho, liberarlas de lo «real». Y desearía que la clase de consideraciones que estamos discutiendo aquí nos pudieran ayudar a resistir la gran incitación de la psicología popular a tiranizarnos para lograr un estado de autenticidad: que este tipo de consideraciones pudiera abrir determinadas posibilidades para que rechacemos la «integridad», para que recusemos el «crecimiento personal», para que nos apropiemos de los diversos estados de «autenticidad». Abrir las posibilidades para que nos declaremos en rebeldía y nos liberemos de la suerte de gimnasia que regula estos estados del ser, que hace que todo esto sea posible.

LESLEY: Nos hemos alejado un largo trecho de donde empezamos: es decir, analizando las conversaciones externalizadoras. ¿Entiendo bien si digo que sugeriste que estas conversaciones son más efectivas para suscitar, explicitar el contexto de la experiencia de las personas, incluyendo los aspectos políticos de las relaciones?

MICHAEL: Sí, así lo creo. Consideremos por ejemplo las personas que han sobrevivido un abuso, pero que han sido entrenadas a creer en un relato muy negativo acerca de quiénes son y se entregan a varias de las prácticas bien establecidas de abusar de sí mismas. A menudo las escuchas decir cosas como: «Soy detestable. Me merecía el abuso, yo lo provoqué. Además nadie puede ser abusado a menos que lo permita, a menos que lo quiera». Estas personas están manteniendo conversaciones consigo mismas y con los demás que internalizan el tópico del abuso, y así se hace imposible apreciar el contexto. A través de este proceso, el hecho de ser abusados repercute en su identidad: da testimonio de sus deseos y motivos, de sus objetivos en la vida. Ahora bien, la introducción de conversaciones externalizadoras puede desestructurar esto, puede re-politizar lo que ha sido des-politizado. Se puede entrevistar a estas personas e indagar con ellas acerca de los efectos que el abuso ha tenido en sus vidas, acerca de aquello que los ha convencido de la idea de quiénes son, etcétera. A su vez, pueden explorarse los efectos reales de estos relatos privados. Una de las consecuencias de estas conversaciones es la reformulación de la trama dominante: alejándose de la idea de culpabilidad personal y acercándose a las

de «dominación», «explotación», «servidumbre», «borramiento» y «tortura». Al explorar los procesos por medio de los cuales a estas personas se les hace adoptar estos relatos privados muy negativos acerca de sus vidas y las prácticas asociadas de autoabuso, se descubren a sí mismas describiendo varias de las tácticas de poder: tácticas que históricamente las aislaron de los demás, tácticas que las exiliaron de sus propios cuerpos, etcétera. Lo que digo es que al re-situar la historia de autoabuso en las relaciones de poder en su entorno, se posibilita que el autoabuso sea leído a la luz de un marco de inteligibilidad diferente, un marco que presenta interpretaciones alternativas de estos actos. Esto libera a las personas y les permite oponerse y disentir. Y, asimismo, abre posibilidades para que las personas forjen nuevas alianzas con su yo y descubran nuevas distinciones entre abuso y cuidado: en fin, para que discernan, quizá por primera vez, entre explotación y protección.

LESLEY: Muy bien, pero ¿cómo se aplican estas conversaciones a fenómenos específicos? Tomemos por ejemplo la paranoia. ¿Cómo suscitas la explicitación de su contexto?

MICHAEL: Si a una persona se le pone la etiqueta totalizante de «paranoica», le haría una serie de preguntas como esta: «¿Cómo fue que se le obligó a aceptar la sensación de que está bajo vigilancia?». Al responder esta pregunta, las personas se refieren a su experiencia en términos más políticos. Dicho esto, de todos modos las conversaciones externalizadoras de ningún modo son el único camino para desconstruir las verdades que las personas encuentran tan opresivas y de ningún modo son el único camino para descubrir el contexto de los aspectos políticos de las relaciones.

LESLEY: ¿De modo que no siempre mantienes con las personas conversaciones externalizadoras?

MICHAEL: Ciertamente, no. Muchas personas no experimentan una totalización de su identidad debido a las verdades dominantes y, además, hay otros modos de mantener conversaciones sobre los aspectos políticos de las relaciones. Trabajé con veteranos de Vietnam a los que se había diagnosticado trastornos de estrés posttraumático, una manera muy elegante de patologizar a un gran nú-

mero de estos hombres que no pueden reconciliarse consigo mismos, que no pueden soportar lo que han visto y lo que han hecho en la guerra. Un diagnóstico de «compasión violada» parece brindar una descripción mucho más cercana a la experiencia de lo que están padeciendo, porque pone el énfasis en el contexto, que ciertamente los implica, pero que presenta opciones para la acción de índole reparatoria. Esta descripción les ofrece a estos hombres posibilidades de revisar la relación consigo mismos. Y también agregaría que todavía tenemos que reconocer cabalmente la complicidad de nuestra sociedad al enviar a estos hombres a Vietnam y que aún hemos de encontrar una disculpa y un modo de disculparnos que resulte apropiado para esta situación.

LESLEY: Lo que dices coincide bastante con mi propia experiencia. Cuando estoy externalizando el problema y rastreando o haciendo el mapa de los efectos de este en las vidas de las personas —en qué consisten esos efectos reales— me parece que esto pone en discusión, aun más que esto, hasta diversas ideologías y clasificaciones. ¿Encaja con lo que te sucede a ti?

MICHAEL: Encaja muy bien. Pienso que trae el mundo a la terapia. Y pienso que transforma en político lo personal.

LESLEY: Sí. En mi opinión, ha habido una historia de profesionales que aplicaban prácticas e ideas terapéuticas que les impedían ver, o les permitían evitar, los factores sociopolíticos y las cuestiones de poder. He oído decir que introducir dichas ideas podría significar para las personas tener que «cargar» aún con más problemas.

MICHAEL: ¡Esa es una idea extraordinaria! [Se ríe.]

LESLEY: ¿La habías oído antes?

MICHAEL: Sí, lo creas o no, ya la había oído. Pero podemos ver cuántas veces se demuestra cómo esta idea es contradicha repetidas veces en nuestro trabajo. De hecho, parece que lo que sucede es precisamente todo lo contrario. Parece que cuando el mundo es traído a terapia más explícitamente, las personas pasan a tener a su disposición toda una gama de opciones para la acción. En realidad, es

cuando tomamos la decisión política de excluir el mundo de la terapia que podemos crearles agobiantes preocupaciones a las familias, parejas y personas con quienes trabajamos.

LESLEY: En el taller hablaste de la importancia de compartir bibliografía profesional con las personas, para socavar la mistificación del conocimiento terapéutico, para asegurar la participación en los conocimientos y para poner en cuestión la posición privilegiada del terapeuta en el sistema terapéutico. Uno de los ejemplos que diste fue el de una mujer a la que se le había diagnosticado una depresión y que terminó haciendo un intento de suicidio. En el trabajo que describiste ¿es este otro ejemplo de traer el mundo a la terapia?

MICHAEL: Supongo que sí. Esta mujer había sufrido una doble injusticia: primero el engaño, y luego la negación del engaño. Después de siete años de relación, notó un cambio en su pareja y comenzó a sentirse un poco extrañada. En respuesta a sus preguntas él le dijo que siempre había observado que ella sufría de «inseguridad» y le sugirió que podría tener que ver con cuestiones no resueltas de su familia de origen. La mujer consultó a un especialista en este tema, pero fue en vano. A medida que pasaba el tiempo, se sentía cada vez más turbada y hacía más preguntas: «¿Es que no eres feliz conmigo? ¿Ya no me amas?» La respuesta fue: «Estás cada vez peor ¿te das cuenta? Si sigues desconfiando de mí de este modo, terminarás arruinando nuestra relación». La mujer comenzó a desconfiar profundamente de su experiencia personal y de su sentido de realidad y, con el tiempo, quedó totalmente incapacitada. Finalmente, supongo que en respuesta a la percepción de algún nuevo matiz, juntó la fuerza para formular la pregunta: «¿Estás teniendo una aventura?» «¡Lo que faltaba: ahora estás paranoica!», fue lo que obtuvo por respuesta. La mujer se quebró y comenzó a experimentar lo que comúnmente se conoce por agorafobia. Luego, después de trece años de relación, la mujer tuvo pruebas irrefutables de que su pareja había estado teniendo una serie de aventuras durante los últimos seis años. Se produjo una crisis en la relación y la pareja solicitó asesoramiento psicológico. Él confesó su infidelidad y prometió que jamás volvería a suceder. Ahora quería que trabajaran juntos aquellos aspectos de la relación con los que «no había

estado satisfecho desde un principio». La terapia no logró nada y, finalmente, el consejero indicó una terapia individual para la mujer, «para ayudarla a dejar atrás el pasado». En este punto, su pareja abandonó la relación para dedicarse más de lleno a la aventura que, al parecer, nunca había tenido la intención de terminar. La mujer se culpaba en gran parte a sí misma: «Si lo hubiera perdonado... Si hubiera sido adecuada...», etcétera. Tres semanas después de su fallido intento de suicidio, estaba sentada en mi oficina, exponiendo un relato altamente negativo de su valía como persona. Le dije que su relato me sonaba familiar y rápidamente conseguí una copia del artículo de Gas y Nichols que trata esta clase de situaciones como en la película «Luz de gas», o sea la doble injusticia (engaño más negación del engaño) y sus verdaderos efectos. Leer este artículo, analizarlo conmigo y formular las particularidades de su experiencia desde esta nueva perspectiva resultaron transformadores para esta mujer. Su depresión revirtió y, juntos, analizamos las posibilidades de reparación. Un resultado de esto es que la mujer le envió una copia del artículo de Gas y Nichols a su terapeuta anterior, con una nota adjunta: «para su ilustración». También le envió otras diez copias del artículo, con otra nota: «para su sala de espera». Los efectos de estos y otros actos de reparación (vale aclarar, no actos de venganza) fueron enteramente fortalecedores.

LESLEY: También mencionaste que a los sobrevivientes de abusos les das ciertos documentos sobre los objetivos y pretendidos efectos del tormento, como despersonalización, etcétera.

MICHAEL: Sí. Pero no lo hago indiscriminadamente. Ninguna práctica terapéutica debe volver a traumatizar a las personas. Con preparación, y en el momento adecuado, estos documentos pueden ayudar profundamente a las personas a explicitar los aspectos políticos de su experiencia y a reformular la trama dominante. Y otro aspecto importante de este proceso es la toma de conciencia de que los sobrevivientes del tormento también experimentan mucha vergüenza y se consideran culpables de las degradaciones de las que han sido objeto.

LESLEY: Quisiera pedirte que digas algo más sobre los aspectos políticos de este trabajo.

MICHAEL: Muy bien, con la condición de que les digas a los lectores de esta entrevista que no sería razonable que hicieran totalizaciones acerca de lo que pienso y hago basándose en esta discusión.

LESLEY: Hoy hablabas sobre tu trabajo con una mujer a la que se le había diagnosticado esquizofrenia y tu comentario era que pensabas que las «voces» que ella oía eran bastante «patriarcales». Sin duda, aquí en Gran Bretaña, los negros y las minorías étnicas están excesivamente representados en las instituciones psiquiátricas, cárceles, etcétera. Y pensaba que sus «voces» y/o discurso internalizado posiblemente fueran bastante «racistas» y, por lo tanto, reforzarían sus experiencias de opresión.

MICHAEL: Sí. Y creo que, si se nos invita, tenemos un rol que desempeñar en el trabajo con estas personas para ayudarlas a «desenmascarar» estas voces.

LESLEY: ¿Voces de aborrecimiento de sí mismo?

MICHAEL: Sí. Mega aborrecimiento. Odio a sí mismo que hace que estas personas cometan actos de autodestrucción, en ocasiones actos de violencia contra ellos mismos y, a menudo, contra sus propias comunidades. Desenmascarar la voz y esclarecer esos actos, trabajar juntos para identificar la multiplicidad de incitaciones a actuar contra sí mismas que estas personas experimentan e identificar las relaciones de dominación y las prácticas de sometimiento del yo a las que se les ha hecho adherir. La ira se convierte así en indignación, y esta se puede respetar. Y se puede emprender esta tarea, al tiempo que las personas trabajan para desafiar injusticias específicas, con el objetivo de lograr al menos algún grado de reparación. Dicho esto, sé que existe el riesgo de que se entienda que estoy haciendo generalizaciones precipitadas acerca de las hospitalizaciones y encarcelamientos a los que te refieres. Sé que hay muchos otros factores que intervienen aquí en el trasfondo de estos hechos, incluyendo las desigualdades que se vinculan con las condiciones materiales reales de la vida de estas personas, abusos de poder y privilegios que se producen de hecho, políticas de admisión y confinamiento que perjudican a las minorías, una resistencia a las exigencias de la cultura dominante, etcétera.

LESLEY: Pensando en esto, dado que la cultura occidental dominante es blanca y patriarcal, y dado que tú también eres blanco: cuando trabajas con personas de origen cultural y racial diferente, ¿haces explícita tu posición? ¿Abordas este tema?

MICHAEL: La responsabilidad de reconocer la importancia que tienen mi raza y ubicación étnica en el mundo social recae sobre mí. Y se aborda explícitamente el grado en que no puedo dar por sentada la comprensión. Yo reconozco que vivo en un mundo social distinto y comunico el hecho de que no espero que necesariamente los otros se tomen la molestia de ponerme al día de sus experiencias en la vida en otro mundo social distinto. No obstante, si ellos quieren hacerlo, yo lo encuentro de mucha utilidad. Pero pienso que también es de una importancia decisiva consultar asesores culturales. En los últimos dos años he venido asesorando a un centro de salud de aborígenes sobre el desarrollo de un proyecto de asesoramiento psicológico apropiado a la cultura aborígen urbana. Este proyecto se puso en marcha por las recomendaciones que resultaron de una investigación de muertes de aborígenes detenidos. Ahora bien, yo no me imagino poder instalar siquiera una idea en este proyecto que no requiriese de la mediación de los saberes aborígenes.

Algunas personas aquí en Gran Bretaña probablemente conozcan el trabajo de Charles Waldegrave, Kiwi Tamasese, Wally Campbell, Flora Tuhaka y otros, y de The Family Centre en Wellington, Nueva Zelanda. Su trabajo es muy original, en cuanto han desarrollado diversas estructuras en el esfuerzo por asegurar que se tengan en cuenta los aspectos culturales, raciales y de género.

LESLEY: Sí, hay mucho interés en su trabajo aquí y pienso que sus ideas y prácticas de atender la cultura y el género son muy importantes e innovadoras. ¿Podrías decir algo acerca del trabajo en el Aboriginal Counselling Project?

MICHAEL: No quisiera decir mucho sobre los detalles de este proyecto. Decir algo significativo requeriría que me explayara sobre los saberes aborígenes que se me han transmitido, y no he sido autorizado a hacerlo. Además, a muchas personas blancas se les ha dado un acceso privilegiado a informaciones y a la vida dentro de la comunidad aborígen y han sacado gran provecho de ello —reconoci-

miento, honores, títulos universitarios, trayectorias profesionales, etcétera— sin dar nada a cambio. Lo que constituye una injusticia más. Aun no siendo partícipe de este tipo de prácticas, como miembro de la cultura blanca sé que tengo mucho que devolver y esto me pesa enormemente, como debe ser. Probablemente, la mejor manera en que podría responder a tu pregunta sería llevándola a la gente del proyecto, y así podrías tener una respuesta.

LESLEY: Hoy hablabas del trabajo en equipo y de cómo, debido a la falta de tiempo y a las presiones de los compromisos, la docencia, etcétera, hoy en día no trabajas con un equipo permanente. Si lo hicieras, ¿qué efecto crees que tendría para tu trabajo y tu persona?

MICHAEL: Pienso que tendría un efecto muy positivo. Es un gran vacío en mi vida laboral y lo viene siendo desde hace bastante tiempo. Trabajo con muchos equipos en calidad de docente y asesor y lo disfruto enormemente, pero no formo parte de un equipo permanente desde, déjame recordar, aproximadamente 1978, o sea hace 14 o 15 años. Pienso que el trabajo en equipo es muy generativo, de modo que es un vacío que me gustaría llenar y sin duda lo haré en algún momento en el futuro.

LESLEY: Si sucediera, ¿te preocuparías por cuestiones de equilibrio cultural y de género en el equipo?

MICHAEL: Sin duda. Si eso se traduce o no en el número de integrantes es otro tema. Supongo que hay muchas maneras de ponerlo en práctica.

LESLEY: Cuando te presenté, te describí como una «planta bien regada», que va cambiando su forma con el tiempo. Es una descripción mía, no tuya, pero ¿te resulta una descripción «cercana a tu experiencia»?

MICHAEL: El aspecto de estar «regado» es bastante cercano a mi experiencia, puesto que me gusta mantenerme en forma nadando, lo que también encuentro propicio para meditar. La idea de cambiar y explorar y ampliar los límites conocidos de este trabajo también encaja. Me imagino que si volviera a Inglaterra y diera otro taller

demasiado parecido a este que acabo de dar, me gustaría que simplemente me dieras un golpecito en el hombro y me lo dijeras. Yo te diría «gracias» amablemente y luego renunciaría. [Se ríe.] Dejaría de dar talleres. O, si alguna vez volviera aquí y presentara vídeos de dos años atrás y dijera que «ahora haría exactamente lo mismo», te invitaría a que abiertamente te sorprendieras por ello. Espero que esto me daría el coraje de recuperar mi perspectiva crítica y tratar de entender por qué todavía defiendiéndolo lo que había defendido dos años antes —quizás en términos de procesos de poder, reproducción de aspectos negativos de la cultura dominante, etcétera— y por qué tengo las mismas limitaciones que dos años atrás.

LESLEY: Lo tendré en mente, pero espero que no me des la oportunidad. En el taller mencionaste el trabajo de David Epston. Sé que vive en Auckland, en Nueva Zelanda, a gran distancia de Adelaida. ¿Cómo fue que se conocieron?

MICHAEL: Bueno, aunque ya habíamos intercambiado algunas cartas anteriormente, nuestro primer encuentro directo fue en 1981, en el Congreso Australiano de Terapia Familiar. Entre las multitudes que corrían entre taller y taller, oí que la gente decía que estaba este tipo extraordinario y raro que estaba haciendo esas cosas extraordinarias y raras en su trabajo. Aunque era parte del comité organizador del congreso y tenía ciertas responsabilidades, abandoné todo y asistí a su taller. Ahí estaba David y, efectivamente, era extraordinario, y agregaría que aún lo es. Luego hablamos de sus ideas y prácticas y comulgamos inmediatamente, lo que desembocó en una estrecha amistad. Más tarde nos adoptamos como hermanos.

LESLEY: Se nos está acabando el tiempo, pero tengo un par de preguntas más para hacerte. A veces tengo ideas o aplico prácticas que discrepan con las ideas y prácticas dominantes que yo veo a mi alrededor, en los contextos en que trabajo y me muevo. Y, a pesar de la realimentación positiva acerca de mis ideas y prácticas preferidas de parte de las familias con las que trabajo, a veces es difícil evitar que estas ideas y prácticas sean erosionadas por lo que podría describirse como procesos de descalificación o sometimiento. Me imagino que te has encontrado con esta clase de dificultades y

quisiera saber cómo lo manejaste, para que tus ideas y prácticas preferidas no sufrieran dicha erosión.

MICHAEL: Es una pregunta difícil de responder porque la respuesta es tan larga y, como has dicho, tenemos tan poco tiempo... De manera que limitaré mi respuesta al apoyo que obtengo de la interacción con las personas que me piden ayuda. Inevitablemente, nos cambiamos mutuamente las vidas, con frecuencia de maneras de las que resulta difícil hablar. Pero pienso que es muy importante tener conciencia de las contribuciones que cada uno de los participantes en esta interacción hacen a las vidas de los demás. Y, aquí quisiera resaltar especialmente los modos en que estas interacciones me cambian la vida a mí: la importancia de hablar de esto abiertamente dentro del contexto terapéutico. Al decir esto, no me refiero precisamente a hacer algo para congraciarse, ni estoy proponiendo ningún gesto dramático. Y, sin duda, no estoy proponiendo algo que tiene algún fin estratégico, como una posición de humildad para los terapeutas, la que considero no genuina, paternalista y descalificante. Sino, en cambio, quizá hacer algún comentario acerca de alguna nueva perspectiva que se me haya abierto sobre algún tema y lo que esto podría significar para mi trabajo con otras familias o en relación con el enfoque de mi propia vida. O quizás acerca de lo que aprendí a apreciar que pueda haberme resultado difícil de apreciar en otro momento, y de qué manera esto me pudo haber afectado personalmente. O quizás hacer un comentario sobre algo que haya experimentado como un «regalo»: quizás una palabra o frase que me brinda una nueva «herramienta conceptual» o quizás el privilegio de ser testigo de determinados acontecimientos que evocan otros modos de ser, o nuevas posibilidades, etcétera. Identificar esto y expresarlo claramente en el contexto terapéutico es muy confortante. Pero esto no es todo; y has planteado un tema tan importante justo al final de la entrevista, que estoy pensando que deberíamos empezarla de nuevo y poner esta pregunta al principio.

LESLEY: Una última pregunta. En el taller, también reflexionaste sobre tu posición valorativa y mencionaste especialmente las ideas de «compromiso» y «solidaridad». Supongo que un reconocimiento claro y una evaluación permanente de nuestros valores preferidos también combate la desmoralización.

MICHAEL: Sí. De hecho, es decisivo. Pero me refería a los valores con «v» minúscula: no aquellos que proponen alguna idea universal del bien ni tampoco aquellos que establecen algún juicio normalizador sobre las personas. Más bien, me estaba refiriendo a una posición ética. Pero esa es otra historia, una sobre la que, por otra parte, Karl Tomm ha tenido mucho que decir en los últimos tiempos.

LESLEY: Es hora de irnos. Te agradezco mucho. Este diálogo me ha resultado útil y estimulante y espero ansiosamente escuchar más sobre esto esta tarde.

MICHAEL: Yo disfruté la oportunidad de ponerme al día contigo de nuevo, Lesley, esta vez en Londres.

Bibliografía

- Gas, G. Z. y Nichols, W. 1988. «Gaslighting: A marital syndrome», en *Contemporary Family Therapy*, número 10 (1).
- Madigan, S. P. 1992. «The application of Michel Foucault's philosophy in the problem externalizing discourse of Michael White», en *Journal of Family Therapy*, número 14 (3).
- Waldegrave, C. 1990. «Just therapy», en *Dulwich Centre Newsletter*, número 1, págs. 5-46. (Número especial sobre justicia social y terapia familiar, un análisis del trabajo de The Family Centre, en Lower Hutt, Nueva Zelanda).
- White, M. 1989. «The externalizing of the problem and the re-authoring of lives and relationships», en *Dulwich Centre Newsletter*, verano 1988/89.
- White, M. 1992. «Deconstruction and therapy», en Epston D. y White, M., *Experience, contradiction, narrative & imagination*. Adelaida, Dulwich Centre Publications.
- White, M. 1992. «Men's culture, the men's movement and the constitution of men's lives», en *Dulwich Centre Newsletter*, números 3 y 4.
- White, M. y Epston, D. 1990. *Narrative Means to Therapeutic Ends*. Nueva York, W. W. Norton. [Medios narrativos para fines terapéuticos, Barcelona, Paidós, 1993.]

3

Por fuera del conocimiento experto*

ENTREVISTA DE ANDREW WOOD**

ANDREW: Cuando almorzamos la semana pasada, me resultó interesante escuchar que habías trabajado como empleado administrativo y que te encantaba el *surf*. ¿Cómo fue que llegaste a la terapia familiar?

MICHAEL: Aproximadamente en 1967, empecé a trabajar como administrativo en lo que en ese momento era el Departamento de Bienestar Social. En esa época, era uno de los pocos lugares en los que uno podía trabajar y al mismo tiempo estudiar trabajo social. Antes, había trabajado un breve período como dibujante para una compañía de ingeniería electrónica.

ANDREW: Suena como algo muy alejado de donde terminaste.

MICHAEL: Yo estudié diseño electrónico y mecánico porque cuando estaba en la secundaria fui a un orientador vocacional. En ese en-

* Publicado en 1991 en *Australian & New Zealand Journal of Family Therapy*, número 12 (4), págs. 207-214.

** Asistente Social Jefe, Servicio de Salud Mental para Niños y Adolescentes, Flinders Medical Centre, Bedford Pk 5042, South Australia.